

UNA HISTORIA DE MUJERES

Audacia y creatividad en los inicios de la Congregación

Puestas a explorar estas características en los inicios de la Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata, lo primero que resalta es que éstas son características comunes a un gran movimiento, todavía no demasiado estudiado, que devino en la configuración de lo que hoy conocemos como “vida religiosa femenina apostólica”. Este movimiento, que durante el siglo XIX constituyó una verdadera novedad, llevó su largo tiempo de maduración, y sus principales protagonistas fueron, precisamente, las mujeres.

Es en el nuevo despertar y desplegarse de las energías creativas de la mujer que hay que situar los inicios de nuestra historia, lo mismo que los de muchas otras congregaciones femeninas. De hecho, durante el siglo XIX en países como Francia, Italia y España, se da un verdadero “boom” de fundaciones. ¿Y esto por qué? Como todo hecho humano, y a la vez espiritual, se debe a la conjunción de muchos factores, de cambios en la sociedad y en la Iglesia, de nuevas necesidades a las que hacer frente, de nuevas mentalidades que comienzan a configurarse. Entre todos esos cambios, uno es precisamente un cierto desplazamiento en el estatus tradicional de la mujer. Y este desplazamiento genera ciertas *grietas*, intersticios en donde las mujeres empiezan a vislumbrar una posibilidad de asumir nuevas responsabilidades y desplegar dones y talentos, empiezan a *estrenar un protagonismo social* que hasta entonces había sido desconocido para ellas.

Al contrario de lo que se suele pensar, fue la Iglesia precisamente el ámbito en que muchas de estas mujeres pudieron comenzar a estrenar este protagonismo. Especialmente en las zonas rurales, el gran movimiento de re-cristianización de los siglos XVIII y XIX, fomentado por el trabajo de los misioneros populares, descubrió en la mujer una enorme potencialidad:

«El misionero observa en la mujer al sujeto de mayor dinamismo social, más motivado en cuanto a asumir nuevas responsabilidades en el interior del grupo – es el colectivo recién llegado –, más receptivo, más interesado en atender sus incitaciones a la piedad y al activismo religioso y, al tiempo, comprende que la mujer es la persona mejor situada en el interior de la comunidad familiar y parroquial para que la instrucción religiosa que le quiere impartir sea transmitida de manera más eficaz a través suyo, capilarmente» (YETANO, 2013 B, p. 165).

En una primera instancia, esta dinamización femenina en el seno de la comunidad católica avanza de una forma más bien silenciosa, lentamente, a través de una nueva capacidad de asociación que se va desarrollando con la promoción «de múltiples fórmulas asociativas como cofradías de devoción, hermandades para el culto, la caridad y la enseñanza o catequesis» (YETANO, 2013 B, p. 161) Poco a poco va ampliando sus ámbitos de despliegue e influencia hasta terminar asumiendo una clara función social, principalmente en la atención hospitalaria y en el desarrollo del magisterio en pequeñas escuelas (en especial las de niñas, que empiezan a surgir tímidamente en esta época).

En nuestra historia congregacional tenemos un caso muy concreto de ello en la Asociación de Servitas: mujeres que no eran propiamente religiosas, sino una asociación piadosa, con escasa

estructuración, pero mujeres decididas a dar su servicio religioso-social en los pueblos, con lo que a la vez canalizaban una búsqueda espiritual y una necesidad-deseo de asumir responsabilidades en favor de la sociedad de su tiempo. La falta de medios, las estrecheces y precariedades que vivieron las Servitas y que se vislumbran en la lectura de las Crónicas, no hacen sino aumentar el valor de la *audacia* de estas mujeres, la *creatividad* de quienes se lanzan por un camino incierto, sin saber muy bien cómo, pero con toda la ilusión de estar creando algo nuevo para gloria de Dios y servicio de los hermanos.

En este contexto de *novedad* crece ante nuestros ojos la figura de Rosa Santaeugenia, principal referente de las Servitas, que se decide a emprender unos estudios de magisterio —es decir: a *profesionalizarse*— cuando todavía ni siquiera existía en Cataluña la Escuela Normal de Mujeres y los estudios se acreditaban mediante exámenes libres. El título de Maestra de Rosa Santaeugenia llega antes de la Ley Moyano (que fue la que obligó a titulación para acceder a ciertos cargos), por lo que podemos decir que ella vislumbró tempranamente por sí misma, y no por una legislación impuesta, la necesidad de asumir con responsabilidad y competencia esa posibilidad de protagonismo social y misión evangélica que se le abría. Posteriormente, ya como Hermana Dominica, será también la primera en presentarse a las inquietantes *oposiciones* y obtener la plaza pública con todo derecho. Con estas decisiones ella nos va marcando, sin dudas, los caminos de *audacia* y *creatividad* que en cada época debemos ir encarnando.

Volviendo al proceso que se fue desarrollando durante el siglo XIX, los nuevos roles y funciones asumidos por la mujer católica «a menudo significarán una primera salida del hogar para muchas mujeres y unas primeras presencias públicas más allá del marco tutelado del hogar familiar. Significarán ocupar también por primera vez puestos de responsabilidad» (YETANO 2013 A, p.49). Pero esta presencia en el servicio público *pide más*, y lo que va a ocurrir en Cataluña (como en los otros países nombrados anteriormente) es que, del germen de esas primeras redes asociativas «salieron en gran medida las congregaciones religiosas femeninas catalanas de enorme expansión posterior [...] y de incomparable influencia en la educación femenina del país a lo largo de dos siglos» (YETANO, 2013 B, p.161). El reconocimiento canónico de esas nuevas congregaciones llevó su tiempo, y fue sobre todo bajo el impulso y la presión de estas mujeres que la Iglesia terminó aceptando como vida religiosa con plenos derechos aquello que hasta entonces había evitado, insistiendo que el lugar de la vida religiosa femenina era el claustro monacal. En esto cada Congregación fue haciendo su camino; la nuestra lo hizo comenzando su andadura en los cauces de la antigua Orden Tercera, lo cual, podemos decir, fue otra solución *creativa* y *audaz* de nuestro Fundador para dar un respaldo jurídico estable y consistente a la nueva realidad que nacía.

Así, pues, la aparición de congregaciones femeninas de vida activa durante el siglo XIX se enmarca en este *cruce de caminos* entre la nueva sociedad que surge, las nuevas necesidades de la Iglesia y una nueva disposición de la mujer, que emprende el proyecto con un sentido religioso innegable y a la vez con un enorme despliegue de ilusión, entusiasmo, dinamismo, valentía, responsabilidad y creatividad. El Espíritu se manifiesta así de una nueva manera, como siempre lo hace, dando respuestas a las necesidades de cada tiempo.

Por todo lo dicho, hay que reafirmar que estas mujeres vivieron su pertenencia a la congregación, en nuestro caso a la *Anunciata*, como un espacio de realización de sus potencialidades, de despliegue personal, de libertad. Esta vivencia alegre de la pertenencia está indisolublemente asociada a la de la consagración, la alegría por la llamada divina. Es hermoso pensar que la Congregación sea, pueda ser, un espacio que a la vez nos permite ser mujeres consagradas y mujeres humanamente plenas, que desde esa doble plenitud entregan su don al mundo.

Es indudable que había mucho de esto en aquella incipiente Congregación de audaces que, atendiendo la llamada que Dios les hacía a través del Padre Coll, lo dejaron todo sin ninguna seguridad, aceptaron una situación de gran pobreza, tuvieron que enfrentar la crítica y la descalificación, y sin embargo rebosaban de alegría. Así, una de las primeras hermanas, la Hna. Paula Prat, relata que cuando ella llegó, en junio de 1857, oía decir: «*¡qué tontas!, eso no tiene fundamento, es un pobre capellán*», e incluso algunos sacerdotes se negaban a darles la absolución. Por esa razón, trataban de confesarse con el Padre Coll, pero «*cuando estaba ausente, íbamos con otro, temerosas sí, a causa de los dichos de la gente y sacerdotes, pero con grande alegría interior*» (GÓMEZ GARCÍA, 1993, p. 745).

Esta alegría es una de las marcas de la *Anunciata*. Cuando estudiamos la evolución de las congregaciones en el siglo XIX, nos encontramos con una gran sorpresa: de las 35 (aproximadamente) congregaciones femeninas catalanas de ese siglo, la que llegó a fundar más comunidades en Cataluña —¡nada menos que 116!— fue, precisamente, la *Anunciata*. La seguían de cerca las Carmelitas de la Caridad con 95 casas y luego las Hermanas de la Sagrada Familia de Urgell con 43. Todas las demás congregaciones se sitúan entre 23 o hasta menos de 5 casas en territorio catalán. Por eso cuando el Padre Coll dice que *esto es una Obra de Dios...* no lo está diciendo sólo por humildad (como quien aclara «no soy yo quien lo hice»). Lo que está constatando es un crecimiento desbordante de vida y de dinamismo en muy poco tiempo y partiendo de unos comienzos muy frágiles. Dios lo hizo, no cabe duda. Pero podemos pensar que lo hizo *también a través* de la inmensa alegría de estas mujeres, del despliegue de sus dones, de la audacia en poner en juego creativamente esa libertad que iban conquistando, y, por supuesto, de una cordialidad, cercanía y sencillez heredadas de su Fundador junto con una profunda vivencia de espiritualidad dominicana.

Hay una expresión de estos primeros tiempos que me invita pensar. Aparece en el *Necrologio* de varias de las primeras Hermanas; se dice de ellas que *amaban con delirio el Instituto*. Lo comprendo. Creo que este amor tan agradecido era una constante en muchas de las que tuvieron la fortuna de vivir esa aventura de los inicios, cuando, en el seno de la naciente Congregación, pudieron descubrirse a sí mismas al mismo tiempo como mujeres consagradas y como mujeres llenas de posibilidades para dar. Una aventura plena de audacia y de creatividad, donde estaba *todo por inventar*. Estas mujeres nos llaman, nos preguntan, nos interpelan cómo en este otro tiempo, con otra situación de la mujer, de la Iglesia, de la misión, renovamos ese mismo espíritu para dar respuestas nuevas en fidelidad a lo que somos.

Hna. Luciana Farfalla Salvo

Bibliografía

- *Crónica de la Congregación de Hermanas Terciarias Dominicanas de la Anunciata, Tomo I*, Vic, 1944
- GÓMEZ GARCÍA, Vito T., *Francisco Coll, O.P. Testimonios (1812 - 1931)*, Valencia, HH. Dominicanas de la Anunciata, 1993
- *Necrologio de la Congregación de Hermanas Dominicanas de la Anunciata*, Barcelona, 1958
- MÍNGUEZ BLASCO, Raúl, *Evas, Marías y Magdalenas. Género y modernidad católica en la España liberal (1833-1874)*, Madrid: AHC-CEPC, 2016
- YETANO LAGUNA, Ana, *Congregaciones religiosas femeninas. Algunos datos sobre el movimiento fundacional en Cataluña durante el siglo XIX*, en *Analecta sacra tarraconensia*, nº 73, 2000
 - *Mujer, identidad y religión. Procesos de cambio de la condición femenina en el interior de una sociedad católica. Cataluña, final del siglo XVIII y primera mitad del XIX*, en A. YETANO (coord.), *Mujeres y culturas políticas en España, 1808-1845*, Barcelona, 2013
 - *Las misiones populares en la historia de la nueva religiosidad femenina. La Cataluña rural de la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del XIX*, en A. YETANO (coord.), *Mujeres y culturas políticas en España, 1808-1845*, Barcelona, 2013